

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

*Año VIII*

*Barcelona 14 de Octubre de 1897*

*Núm. 360*

E. BISSOG



¿Está usted seguro de que soy guapa?



## Memorias de un profesor (1)

¡Uf!... ¡Por fin!... ¡Alabado sea el Señor!...

Acabo de hacer mi última visita reglamentaria. En tres días he despachado catorce, justas y cabales, y respiro libremente como hombre que se ha sacudido de encima un peso enojoso. Pero al mismo tiempo me siento entristecido pensando en la clase de gentes con quienes me veo obligado á vivir.

Una ley de cortesía, tradicional, ineludible, impone á todo funcionario público de cierta categoría que viene á desempeñar aquí sus funciones, el deber de presentarse ante las autoridades constituídas, civil, eclesiástica y militar; de ofrecerles los consiguientes respetos y ponerse á sus órdenes. Lo mismo hay que hacer con los compañeros de profesión.

En virtud de ese concepto consuetudinario, me he presentado sucesivamente al cura párroco, al Alcalde, al primer teniente de ídem, al Comandante de la Plaza, al Director del Instituto y á mis comprofesores. Estas visitas se verifican por riguroso orden de jerarquía y antigüedad.

¡Qué colección de tipos más variado he visto!... Físicamente, quiero decir, porque moral y socialmente todos me parecen cortados por el mismo patrón, salvo cortísimas excepciones.

El cura párroco me ha recibido con notoria desconfianza. Es un hombre de cincuenta años, alto, escuálido, de facciones duras, ojos negros, hundidos y mirada severa, escudriñadora, penetrante. Parco en palabras. Me han asegurado que tiene completamente domeñada á la población y que nadie resuella sin su permiso. Me lo explico perfectamente: en ese santo varón todo respira la voluntad recóndita y tenaz, el espíritu de dominio.

El Alcalde me ha dispensado una acogida entre amable y protectora. Don Casto haría con su personalidad externa la felicidad de un caricaturista; figuraos un hombre enorme, obeso, de fisonomía extraña, muy extraña, desafiando toda descripción, pero soberanamente ridículo. Asmático, tartamudo y bizco, une á estas circunstancias la de ser el primer ricacho y mayor contribuyente de veinte leguas en contorno.

Don Matías, el primer teniente de alcalde, se ha mostrado conmigo tan deferente como pudiera serlo un lobo sorprendido en su madriguera. Parece viejo ya; pequeñito de cuerpo, rostro bilioso, ojitos malignos, vestir descuidado y sucio. Dicen que presta al

(1) Véase el número anterior.

10 por 100 mensual y lo creo sin dificultad... Basta mirar su nariz de judío y sus dedos semejantes á garfios.

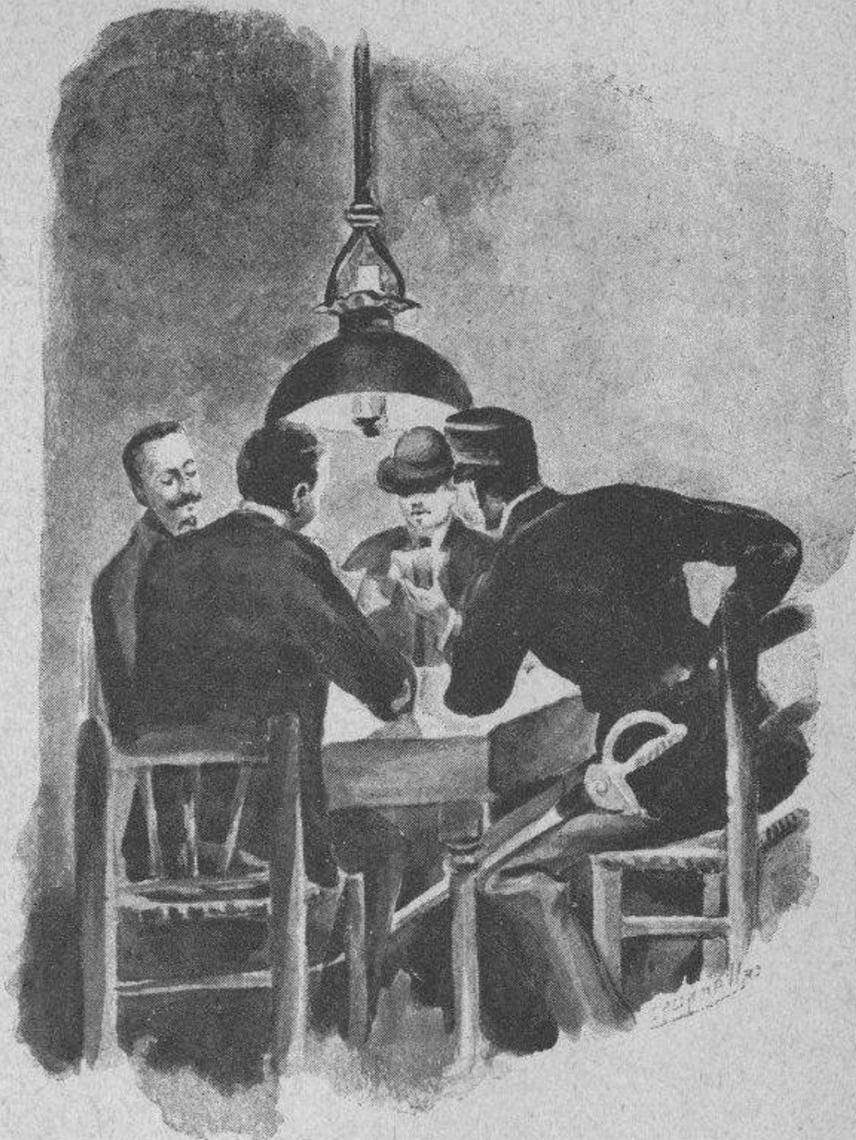
El Comandante de la Plaza me ha producido excelente efecto. No creo que haya inventado la pólvora el bueno de don Francisco; pero es muy campechano, muy francote y me ha colmado de agasajos. Me he atrevido á preguntarle si no se aburría algo en Malaguarda, población tan falta de distracciones.

— ¡ Hombre!... le diré á usted... aburrirme precisamente, no... me parece que no. Además, diré á usted que yo, en teniendo con quien hacer mi partidita de tresillo todas las tardes y si puede ser todas las noches, no me fastidio en ninguna parte. ¿Usted juega al tresillo?

— No, mi comandante; no conozco ningún juego de cartas.

— ¿ Es posible?... ¡ Ay! amigo mío: ¡ qué vejez tan desdichada se prepara usted! Es preciso que aprenda usted el tresillo... ¡ es preciso!... yo se lo enseñaré á usted.

Mi quinta visita fué para mi superior jerárquico don Isidoro Tandilla, Director del Instituto de Malaguarda y catedrático de Retórica en el mismo. Mi tío Jorge, que le había tratado mucho en otro tiempo, cuando uno y otro eran jóvenes, me decía que «Isidorito era un muchacho muy templao, alegre como unas castañuelas y con muy buena sombra». ¡ Jesús, Dios mío y cómo cambia la gente!... El señor don Isidoro me ha hecho el efecto de un hombre muy triston y sin sombra ninguna, como no sea la de una melancolía incurable. Magro, desmedrado, amarillento, afeitado completamente el rostro, embutido el cuerpo en un levitón cuyos flotantes faldo-



nes descenden hasta cerca de los tobillos, cubierta la angulosa calva por un gorro de seda negra, fría la mirada, desapacible y como adolorida la voz, el gesto automático... tal se me ha aparecido mi respetable jefe. Tras las primeras frases, muy breves, de bienvenida, me ha declarado que padecía de una afección hepática que le ponía cada semestre á las puertas de la muerte; que su esposa doña Jacinta andaba también muy delicada de una dolencia cardíaca, y que no menos delicado estaba su hijo único Serafinito, quien á pesar de sus diez y ocho años no había podido acabar todavía el bachillerato (iba á empezar el último curso), por las muchas interrupciones á que le sujetaba su temperamento anémico. Que sus dolencias propias y las de su familia, los múltiples cargos que pesaban sobre él, el difícil desempeño de una dirección tan complicada, de tantas responsabilidades como la del Instituto de Malaguarda, le ocasionaban, en suma, muchas penas, hondos sinsabores, pero que él aceptaba no sólo resignado, sí que agradecido, como un testimonio manifiesto de la bondad inefable del Todopoderoso que se dignaba acordarse de su humilde súbdito y ponía su paciencia á prueba en el crisol de las humanas contrariedades.

Todo eso me lo iba recitando don Isidoro con acento pausado, en largos períodos, alzando y bajando, con la matemática regularidad de un péndulo, su mano derecha huesosa, cubierta de vello. Escuchábale yo en la actitud deferente que me correspondía, aprobando con la cabeza y con tal cual lugar común el discurso patológico-pedagógico-cristiano del buen señor. Cuando hubo concluído, le supliqué que en gracia á su consumada experiencia y á su claro talento, no menos que á su calidad de superior jerárquico, se sirviera trazarme á grandes rasgos el criterio, por decirlo así, sintético, que profesoral y socialmente debía seguir quien, como yo, recién ingresado en el cuerpo docente y recién llegado á un centro completamente desconocido, había de encontrarse por la misma fuerza de las circunstancias, cohibido y desorientado.

Entonces empezó un segundo discurso. Don Isidoro se dignó explicarme que ante todo debía tener muy en cuenta el medio ambiente en que me colocaba mi nombramiento. Malaguarda era, gracias al cielo, una población eminentemente católica y ortodoxa, como



pocas van quedando en España; de costumbres virtuosas, de una austeridad de pensamiento que no habían contaminado todavía las disolventes ideas del mal llamado progreso moderno. La población malagueña seguía observando con escrupulosa fide-

dad las sanas prácticas de antaño, en todo lo referente á la moral pública y á las prescripciones religiosas; era preciso, para amoldarse estrictamente á ese criterio, el mejor, el único que una sociedad cristiana podía aceptar. Y un profesor venía obligado más que cualquier otro individuo á dar buen ejemplo, en la cátedra y fuera de la cátedra, ciñendo sus palabras y sus actos á las reglas del buen pensar y del vivir. Costumbres irreprochables, humilde y cariñoso respeto hacia el elemento eclesiástico, ortodoxia severa, frecuentación de las iglesias, repudiación absoluta de todo liberalismo, habían de ser los principales puntos del programa.

De mis compañeros, á quienes he visitado sucesivamente, no sé qué decir hasta el presente. Conforme he dicho antes, todos ó casi todos me parecen cortados por el mismo patrón. Diríase que carecen, psicológicamente, de fisonomía y de personalidad propias; que viven cristalizados por esa atmósfera física y moral en que esta ciudad respira.

Únicamente uno de ellos, el doctor Linares, profesor de Historia natural, me ha hecho

el efecto de ser completamente distinto de los demás. Tipo curiosísimo ese Linares... joven aun, pues no creo haya cumplido los cuarenta; desgarrado, feo, muy feo, con su rostro picado de viruelas, semejante á una criba y su nariz torcida, mi compañero causa un efecto estético muy extraño que no tiene, sin embargo, nada de repulsivo. La energía intelectual brilla en sus ojos grandes y expresivos, en su frente despejada y prominente. Me ha recibido con mucha llaneza, y al cabo de un cuarto de hora de conversación, simpatizábamos como si nos conociéramos de larga fecha. Algo brusco, pero franco, abierto, espontáneo; Linares no se asemeja en nada á todos los demás individuos que he visitado. Al marcharme me ha dicho:

— Querido compañero, disponga usted completamente de mí. Desearía de todas veras que fuésemos buenos amigos.

— También lo deseo yo, y creo, por mi parte, que es cosa hecha.

Me ha apretado la mano, y luego ha añadido á media voz, sonriendo irónicamente:

— Aunque he de advertirle á usted sinceramente que mi amistad ha de hacerle á usted flaquísimo servicio.

— ¿ Por qué ?

— Porque, conforme ya se irá usted enterando, Justo Linares no ha logrado todavía momificarse en esta bendita urbe y pasa por un espíritu rebelde y no es *persona grata* entre la sociedad malagueña. ¿ Me comprende usted ?

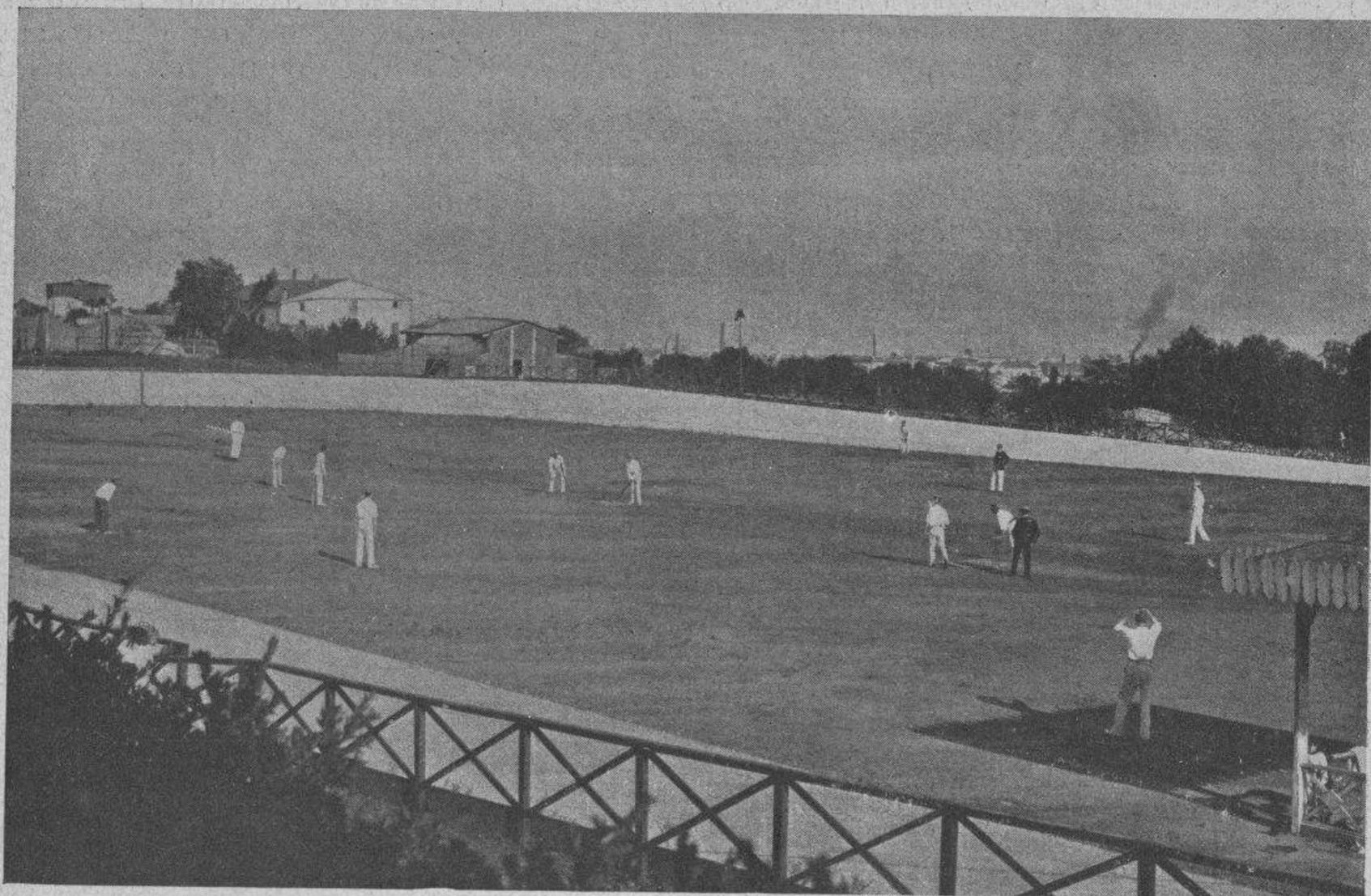
JUAN BUSCÓN.

#### VELÓDROMO DE LA BONANOVA



La Colonia inglesa obsequiando á los oficiales de su escuadra

## VELÓDROMO DE LA BONANOVA



Cricket, por los oficiales de la escuadra inglesa

### La Edad Media

(IMITACIÓN)

Era la noche fúnebre:  
En el castillo aquel todo dormía,  
Y el rubio paje en tenebrosa cárcel,  
Sólo con su dolor, así gemía:

«¿Por qué tan alto ¡ay mísero!  
Mi esperanza y mi amor he levantado?  
Amé á la hija del rey; ¡decreto pérfido  
Vivo en este sepulcro me ha enterrado!

¡Oh! si una sola lágrima  
Ella por mí vertiera en el misterio  
De su dolor, este sepulcro lúgubre  
No cambiara ¡ay de mí! por un imperio».

Blanca, divina imagen  
Súbitamente apareció en la puerta,  
Y pálido y temblando el triste paje  
Preguntóle: «Quién eres, pobre muerta?»

— Muerta no soy — respóndele  
La aparición gentil — mírame, toca...  
¿Sabes? la guardia duerme.  
Yo soy la hija del rey; besa mi boca...

Luis G. ORTIZ

### Tres definiciones

EL AMOR

En el mundo es el amor  
Ansia que el alma acongoja.  
Placer unido al dolor,  
Bella y delicada flor  
Que al tocarla se deshoja.

EL BESO

Es el beso la expresión  
Que hace olvidar los agravios,  
Símbolo de la pasión,  
E impulso del corazón,  
Que se transmite á los labios.

EL MATRIMONIO

El matrimonio en su historia  
Es el santo lazo eterno,  
Que en la vida transitoria,  
A unos los sube... ¡á la gloria!  
Y á otros los baja... ¡al infierno!

RAFAEL AVELLAN



## Metamorfosis

En los teatros, en los cafés de lujo, en los restaurants, donde comen á última hora los trasnochadores ricos, la encontraba todas las noches cuando chiquilla. Con su cesta de flores colgando de la mano, pasaba y repasaba sin cansarse, sin que el sueño la rindiera. Contestaba con descoco á cuantas preguntas, más ó menos indecorosas, le hacían los concurrentes, y muchas veces, con su despejo y gracia naturales, hacía reír á los listos á costa de los mozos enclenques y almibarados, tontos de nacimiento que, como compensación de su inutilidad, recibieron al nacer los dones de la fortuna.

Bonita y vivaracha como era, pobre y corrompida hasta la médula por las frases y gestos obscenos que de continuo escuchaba ó veía, despertado antes de hora su instinto, estaba destinada á carne de vicio, á ser una de esas mujeres que arruinan á cuatro necios quebrantándose la salud, perdiendo rápidamente esa flor de belleza que dura lo que las rosas; una de esas infelices que brillan y deslumbran durante un momento al resplandor del oro que vierten junto á ellas las manos pródigas y se eclipsan al punto cuando las primeras sombras de la obscura pobreza las alcanza.

Y no falló el destino. Seis años más tarde, estaba yo en un teatro cuando ví que las miradas de los concurrentes convergían hacia un palco proscenio. Miré á mi vez. Había entrado una muchacha espléndidamente ataviada, y en cuyos brazos, orejas, pecho y pelo fulguraba una verdadera cascada de brillantes. El rostro tenía indecible expresión de contento. La boca sonreía, enseñando los blancos dientes, y centelleaban los oscuros ojos. En el fondo del palco, casi oculto por la sombra, se veía un hombre de unos cuarenta años, cuyo moreno rostro resaltaba sobre el blanco lustroso de la pechera y cuello. Aquella muchacha era Rosa, la ramilletera. La primera metamorfosis se había cumplido. Rocé con su falda al pasar por los corredores, y al volverse me reconoció y sonrió, contenta de que la viera tan engalanada, yo que algunas veces, en otro tiempo, le había pagado la cena que necesitaba su hambre de niña antes de tenderse en la fementida cama que le destinaban sus padres, parásitos decididos á mantenerse á costa de su hija.

Durante cuatro ó seis años, cuando ella estaba entre los quince y los veinte, el lujo y la vida regalada fueron para Rosa el afán diario. En los teatros, en los cafés, en los restaurants donde de niña vendiera flores, vendía su cuerpo al mejor postor y eclipsaba por su gracia y su lujo á sus rivales.

Después, poco á poco fueron ajándose sus facciones; los primeros lineamientos de las arrugas se marcaron en su cuello; su buen humor constante se convirtió en una indiferencia burlona. Era el cansancio de la vida, el aburrimiento invencible de las caricias, la repugnancia del macho siempre en celo. A medida que se mostraba más reservada disminuía su lujo; eran menos flamantes sus vestidos; uno por uno desaparecían sus brillantes. Es que se fundían en el crisol de una pasión sentida, por su parte, con fuerza.

¿Qué ocurrió después? No lo sé. El caso es que al cabo de ocho ó diez años de haberla perdido de vista, una noche se me acercó una mujer joven todavía, pero vestida de harapos y comidos rostro y cuerpo por una enfermedad asquerosa. La voz que me pedía una limosna me recordó la voz de Rosa. Me fijé.

— ¿Tú?

— Yo, ya lo ves.

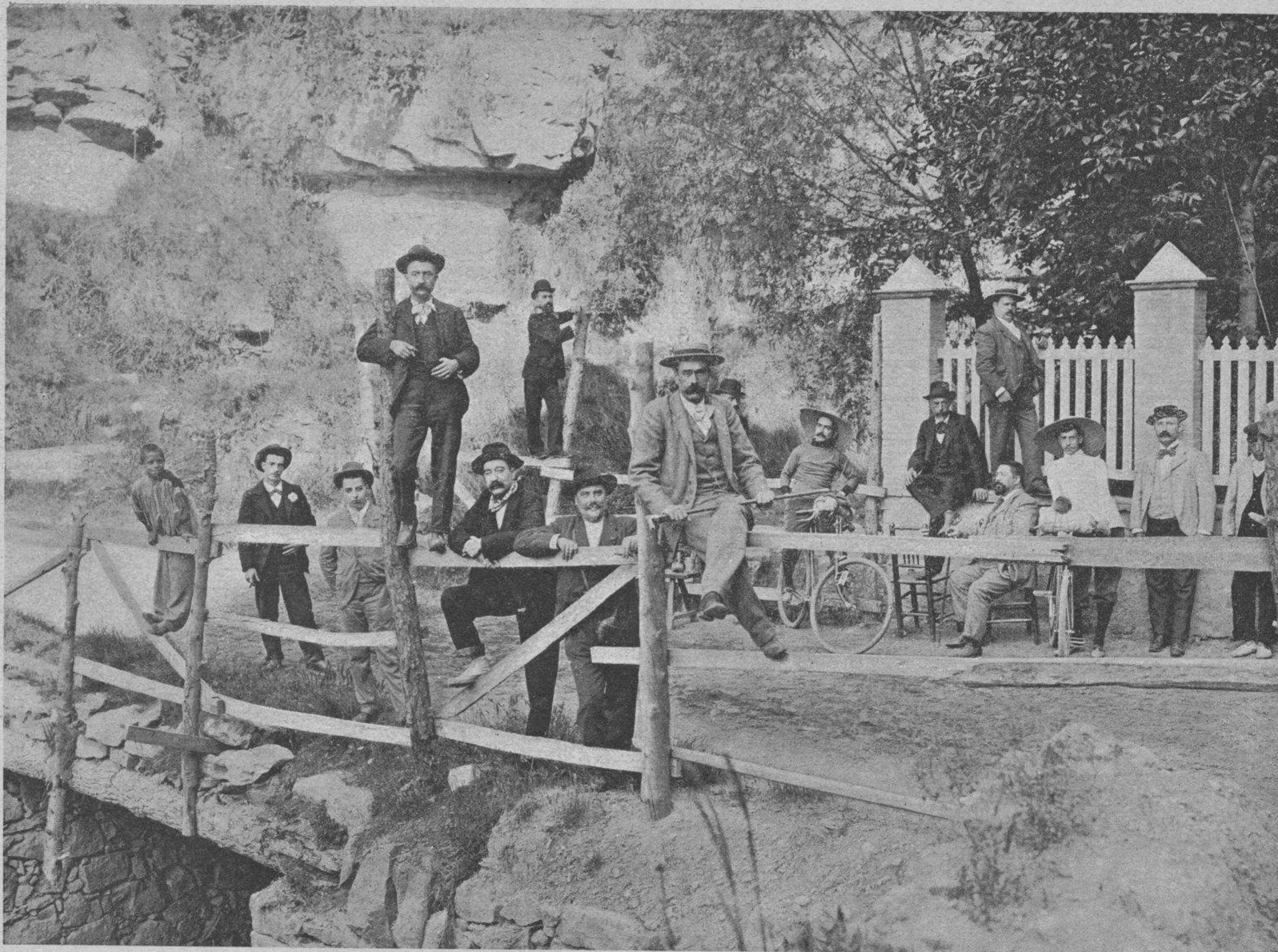
La infeliz me tuteaba como cuando era niña.

Le dí una moneda de plata. Sonrió. Los dientes eran azulados, negruzcos, pero la mueca era la misma mueca sardónica y alegre á un tiempo, que tantas veces había visto errar por sus labios en otro tiempo.

Y ahora en teatros, cafés, restaurants, la veo cada día ó cada noche. Aquella mano chiquitina ya no puede alargar ni las flores del mal. El gesto eterno subsiste: el de atrapar una moneda.

A. RIERA.

EXCURSIÓN CICLISTA



# Pagana

Empezó... espera que lo recuerde. Ya sé, por un elogio vano de tu hermosura maleante de naturaleza henchida. Calla, no, no es eso; por un saludo ceremonioso, por una mirada en que se veía la indiferencia de vivir. ¡Si me lo has dicho! Te cautivó, te ató á la sugestión de mi afecto, el frío de muerte de mi figura. La frase amorosa vino después, á poco. La alegría sana de tu carácter abierto á las ilusiones cayó como un rocío en la pesadumbre de mi ánimo.

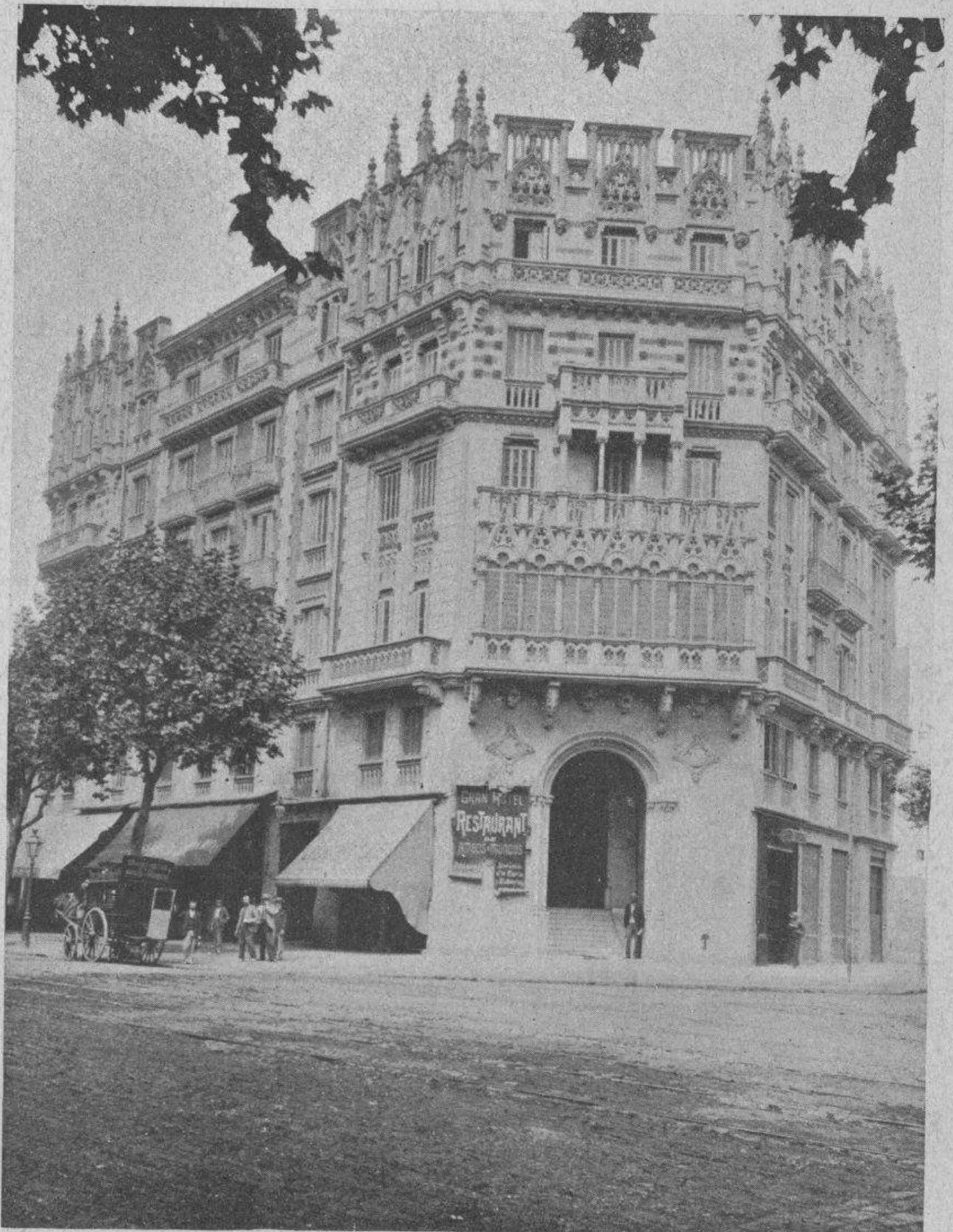
Luego me arrastró la gentileza de tu persona y la gallardía de tu trato. Hablándote era yo otro hombre, y á tu lado me acostumbré á la dicha. Te amaba, sábelo, pero no te diré cómo, porque... no podría, porque no he querido penetrar nunca en la maraña psicológica de mi espíritu. Ello es que te engañé, y voy á decirte más, que comprendía el engaño, que no lo deshice por egoísmo... perdóname, porque en él estaba la quietud de mi alma. ¡Ah, si tú supieras cuán turbulenta te la traía á tí!

¡Qué fui torpe! ¡Sí, te lo confieso! Tú te habías enamorado: bien se te veía en los ojos, bien se te adivinaba en la ternura de la voz... y, además, en el olvido de tus hijos. Pero nunca me dijistes te amo, nunca balbuceó tu boca una frase incorrecta que hiciese traición á la amistad devota que nos unía.

Yo te burlaba, pero en lo íntimo; sin mácula de apetito carnal. Tú no podías ser mi concubina, y aquella tarde de espasmos dolorosos, la naturaleza omnipotente, que arroja en el pecado á las almas ruines, nos redimió á nosotros de toda culpa sensual.

Lo recuerdo bien: era una tarde de Mayo en que el ambiente voluptuoso estaba cargado de perfumes. Se te agolpaba á tí la sangre en las venas, tu sién ardía, tu rostro era ascua, tu respiro era rescoldo, tu aliento estaba envenenado, y toda tu figura pagana ¡cuán hermosa, pero cuán hermosa, Dios! Me olvidé un momento de todo, sentí fiebre de rabia amorosa, de angustia vil, de hombre:

## BARCELONA EN LA MANO

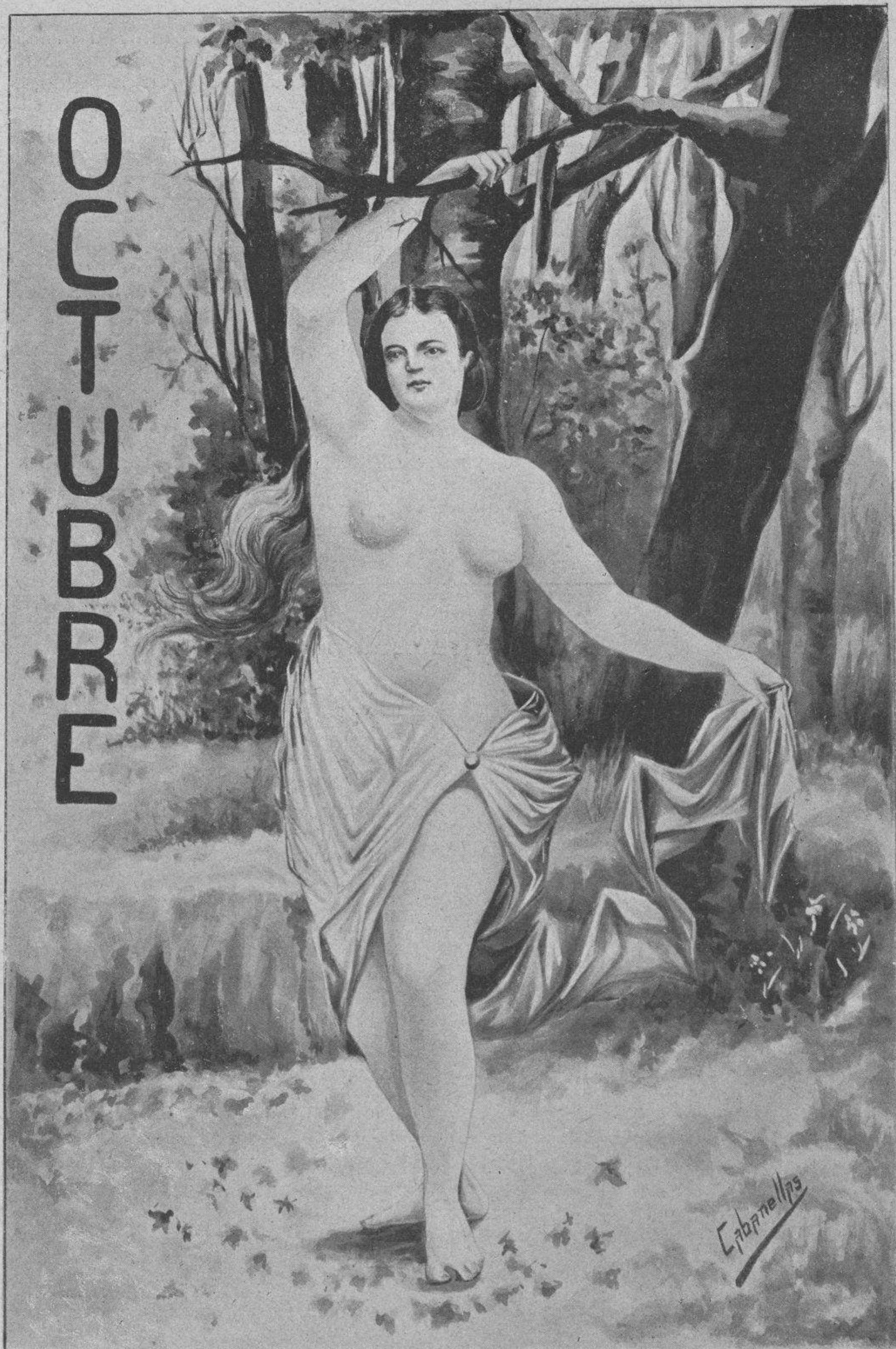


Gran Hotel Restaurant de Ambos Mundos

J. TRIADÓ



La siesta



Alegoría

me atrajistes... y te besé. Ya sabes, te besé: el beso fué en los labios, y era beso encendido, beso de naturaleza entregada y rendida. Pero uno ¿recuerdas bien? un beso malo, que nos redimió del mal.

Entonces no lo comprendistes. Te rechacé brutal, castigué con voluntad firme mi propio aliento, puse mano poderosa en mi carne y la aquieté. Me crucé de brazos: miré frente á frente tu dolor y tu sonrojo, aguardé á que pasara la rabia de tu despecho, dejé que caída de bruces en la otomana pasase aquella ráfaga neurótica y lúbrica de tu sér subyugado, y cuando te ví abatida, sin fuerzas para arrastrarme, te dije: — ¿qué quieres más de mí?

Vacilastes, sentistes el latigazo de los nervios viles aun, y te erguistes, y se arrojaron tus brazos con impudor sublime á mi cuello, y murmurastes á mi oído con rabia:

— No sé lo que quiero; de tí nada, porque tú no eres tú... pero quiero amar.

— Ama á tu marido, repuse.

— No, barbotó tu acento salvaje.

— Ama á tus hijos, añadí con voz de sollozo y conmiseración.

Perdiéronse todas las energías de tu sér irritado; apagóse la vorágine de lujuria que te inflamaba, desmayaron tus nervios, cayéronse tus brazos... y escapastes de mí, huistes del amor. Quedéme sólo y abandonado para siempre de tu figura de mujer hermosa, pagana, henchida de naturaleza: acabé de recoger la quietud que tú distes con el trato afectuoso de tu alegría de criatura abierta á las ilusiones, á mi espíritu, y salí contento, embriagado de felicidad gozosa.

Con aquel beso pude perderte, y aquel beso bendito te conservó para el culto idólatra de mi alma á la belleza. Porque sábelo, yo soy un sér insensible, pero tengo todas las voluptuosidades y todos los sensualismos encerrados en el alma. Al revés de otros hombres, adoro la carne por bella, pero no quiero profanarla: estoy enamorado del amor.

J. F. LUJAN.

---

### Por una cana

Tu arrepentimiento, Elena,  
es demasiado tardío;  
antes me hirió tu desvío  
y ahora de espanto me llena  
tu amoroso desvarío.

Dícesme que me querrás  
con dulce, ardiente desgana;  
que en fuego me encenderás,  
porque sufre tu alma las  
angustias de una africana;

que guarda tu boca mieles,  
y como en tiempos mejores  
son tus ojos tentadores;  
que no hay en tu pecho hieles  
ni tienes brazos traidores;

que te mire confundida;  
que serás mi dulce esclava  
cuanto te queda de vida:  
para enloquecerme brava,  
para servirme rendida;

que, en fin, sueña tu locura  
con esconder la ventura  
en cualquier rincón perdido...  
No sigas, se me figura  
que estás buscando marido.

Y es inútil tu porfía  
y son tus ansias crueles:  
que no anhelo verte mía,  
aunque me des ambrosía  
con esos labios de mieles.

Pues si mucho te he adorado  
y grande fué mi tormento  
al verme por tí burlado,  
tanto el tiempo ha variado,  
tan lejos de tí me siento,

que ya no quiero tu vida,  
ni quiero verte rendida,  
ni me gusta que me cuentes  
lo que en mí pensando sientes  
con voz tierna y dolorida.

¿Te asombra? ¿dices que no  
puedes creer lo que digo?  
tu esperanza te burló  
y luego verás que yo  
no he de casarme contigo.

Mirando tu cabellera,  
con asombro esta mañana  
descubrí ¿quién lo creyera?  
una cana, una vil cana,  
supongo que la primera.

Una cana no es gran cosa,  
más con otra tendrás dos,  
luego cien y mil, hermosa:  
y yo no me caso, Dios,  
con una mujer canosa.

Arguyo que tonta has sido,  
y no encontrarás marido,  
porque... no se avienen ellos  
con dama que no ha aprendido  
á teñirse los cabellos.

JORGE RICO.

EL BAILE



Techo palatino

## María Elena

¡Un nombre de mujer!  
¡Hoja seca que arrastra el soplo de un recuerdo!

Hoy, un día vacío en mi existencia, busco en el pasado un alivio á mi angustioso presente y te encuentro á tí, mi dulce y tierna amante de un minuto.

Pensando en todo lo que de abyecto y ruín hay en la vida, en todo lo que de doble y mentiroso existe en la humanidad, has aparecido tú, iluminando las tinieblas de la idea; tú, ingenua y confiada con tu alma blanca, con tu corazón candoroso y repleto de ternura.

¿Por qué me amaste?

¿Cómo nos amamos?

Obedeciendo á un impulso ciego de nuestra sangre joven y sana.

En nuestros dulces transportes eran únicamente dos corazones los que se fustigaban; el tuyo que se rendía á la intensa necesidad de amor, el mío que tras lucha violenta acataba los altos designios de una ley más fuerte que la débil voluntad humana.

Luché contra la dicha de poseerte, porque tu belleza me inspiró respetos.

No quería empañarla con el hálito impuro de mi pasión de hombre.

¡No, no, huye!—te dije.—¡No creas en el amor!

Mis juramentos han de ser falsos.

Te engañaría engañándome yo mismo.

Esos sentimientos que tú has soñado son fantasmas, hermosos fantasmas de tu imaginación ardiente, que verás desvanecidos tan pronto como los pongas en contacto con la realidad.

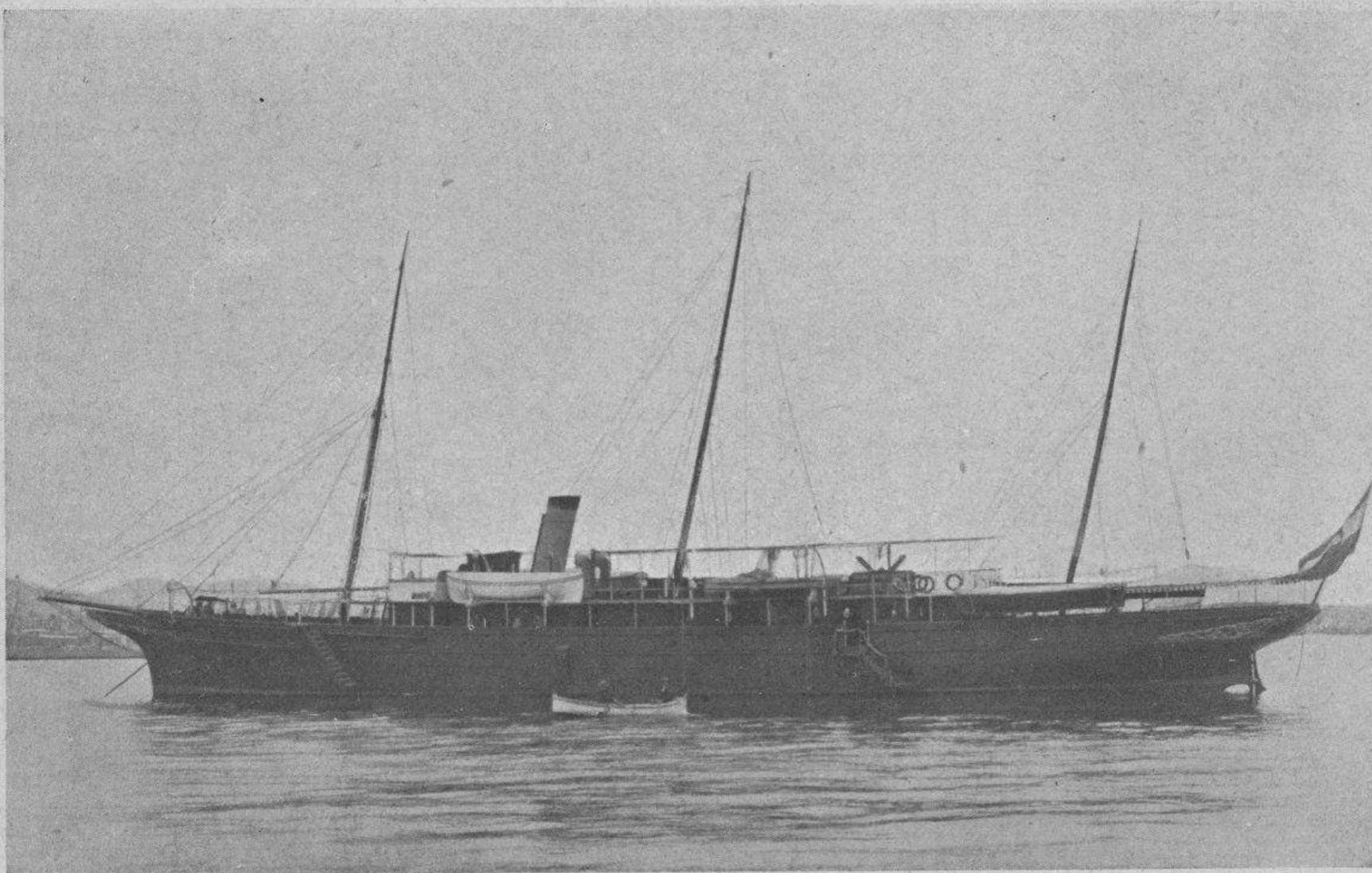
Si el amor es la más preciada de las flores que se cultivan en el jardín del corazón humano, hay que temer su conquista ante las espinas que lo rodean.

¡No, no me ames!

¡El mañana de las pasiones es desgarrador y horrible!

En mi rostro debían reflejarse en aquel instante todas las angustias que el sacrificio, que estaba dispuesto á hacer por tu felicidad, sólo por tu felicidad, me costaba.

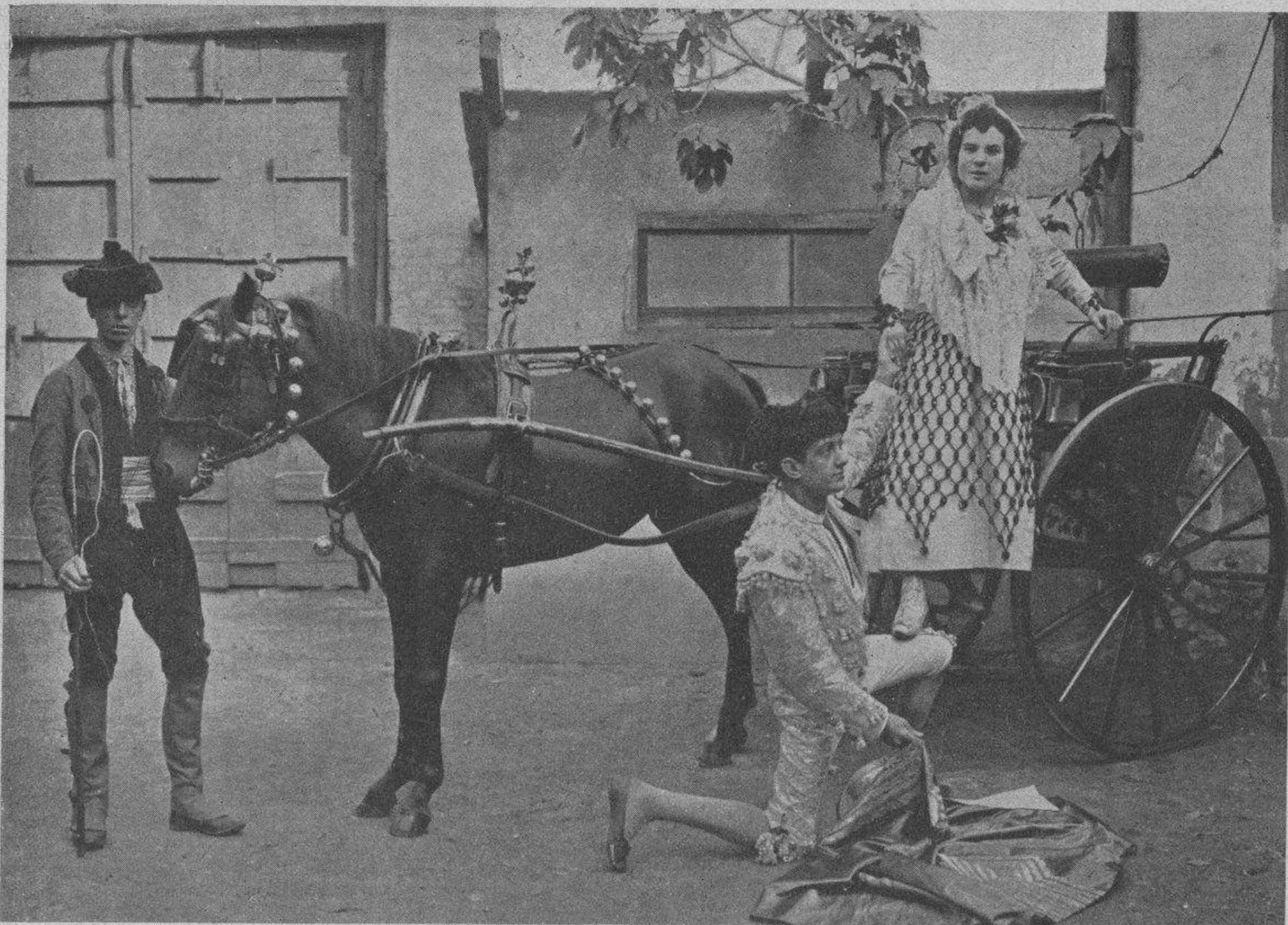
¡Eres tan hermosa!



Yate «Nixe» del Archiduque de Austria Salvador Luís



¡Pobrecilla!



Capsir y Luisa Quetcuti en la ópera «Carmen»

En el tuyo un resplandor divino animó tus ojos, tus labios se entreabrieron húmedos y rojos de vida, asomando una sonrisa de duda triunfadora.

Me los presentastes anhelante, y buscando los míos, me digiste: ¡bésame!

Hubo en mí un momento de incertidumbre.

¡Bésame!—repetiste.

Y cuando hube abrasado mi boca en la rosa de fuego de tus labios:

—¡Qué sabes tú de esas cosas!, murmuraste, como hablando contigo misma, para disipar, ¡quién sabe! el primer amago del horrible nada, cuyo sabor ya, quizás, debió gustar tu alma.

Después... ¿qué habrá sido de tí, mi tierna amante de un minuto?

¿Acaso alguna vez, como ahora á mí, acude á tu memoria mi recuerdo?

Si así sucede, comprenderás la dicha que yo he hallado pronunciando á solas tu nombre amado, y arrancándolo del vacío inmenso que en el alma dejan las ilusiones desvanecidas.

¡Mari-Elena!

Pero más vale que no me recuerdes... que olvidan sólo los que son dichosos.

TOMÁS ORTS RAMOS.

## El bersagliere

(TRADUCCIÓN DE FRANCISCO DÍAZ Y PLAZA)

Un *bersagliere* herido y fatigado mas firme aun, de Monte-Cruz bajaba; y en recia voz al médico gritaba: doctor, tengo una bala en el costado.

Buscó el doctor: con rostro demudado y aire fiero, él los dientes rechinaba, y cuando el plomo atroz en tierra estaba

—¡ Gracias!... dijo, sereno y animado.

— Véte ahora abajo— el médico decía— la ambulancia está allí... Y él: ¡ Qué locura! Voy á matar á doce todavía.

De nuevo el arma asió, pálido y fuerte, y héroe sin par, con planta no segura, subió riendo en busca de la muerte.

EDMUNDO AMICIS.



## La Reina de Mayo

(DE TENNYSON)

Es mi sueño tan profundo  
y á veces, madre, tan largo,  
que temo no me despierte  
si no me llamas temprano.  
Hay que vestir el espino  
y con flores adornarlo;  
hay que preparar el corro  
en el bosque de avellanos;  
tengo que tejer guirnaldas  
y hacer coronas y ramos.  
Íremos luego á la fiesta  
las tres vestidas de blanco:  
entre las dos irá Effie  
llevadita de la mano.

...  
Cuando á casa ayer volvía,  
valle arriba, caminando,  
¿sabes á quién ví? á Roberto  
á la sombra del manzano.  
Alzó los ojos, y al verme  
los volvió á bajar, turbado;  
tal vez porque halló en los míos  
otro nuevo desengaño.  
Pero, madre, ¿qué me importa  
la turbación del muchacho,  
si me han de aclamar, mañana,  
reina del florido Mayo?

B. V. MIRANDA

Tous y Talau

# Cuentos de la guerra

LA ORDENANZA

## I

Aquella noche, José, robusto mocetón, criado en las montañas de Navarra y soldado por su mala estrella, estaba triste. ¿Por qué? Lo ignoraba. Vagos presentimientos de algo anómalo, terrible, ofuscaban la mente del soldado. Allí, cerca, muy cerca del cuartel, ocurría algo que le impresionaba, que llenaba su corazón de amargura y su imaginación de pensamientos de muerte. Y con los ojos enrojecidos por el insomnio y el alma atormentada por la duda, el bravo soldado cumplía su guardia, lanzando de vez en cuando el ¡centinela, alerta! que salía de su pecho cual suspiro contenido por el peso del dolor.

## II

Surgió una sombra cuya silueta se destacaba perfectamente, acercándose rápidamente en dirección al cuartel.

José preparó el arma y esperó. Cuando estuvo al alcance de su voz, lanzó el ¿quién vive? mas la sombra no hizo caso y continuó avanzando.

—¿Quién vive?—gritó por segunda vez el centinela, al paso que amartillaba su fusil.

—¡Yo!—dijo una voz temblorosa.—Yo, José, tu amigo Pedro, corre... huye á tu casa; tu madre se muere, quiere darte el último adiós; yo te reemplazaré.

—¡No puede ser!... dí á mi madre que ruego por ella y que desde el cielo me dé su bendición.—Dijo el centinela, y sus acompasados pasos dejaron oírse de nuevo, al mismo tiempo que la sombra desaparecía rápidamente.

## III

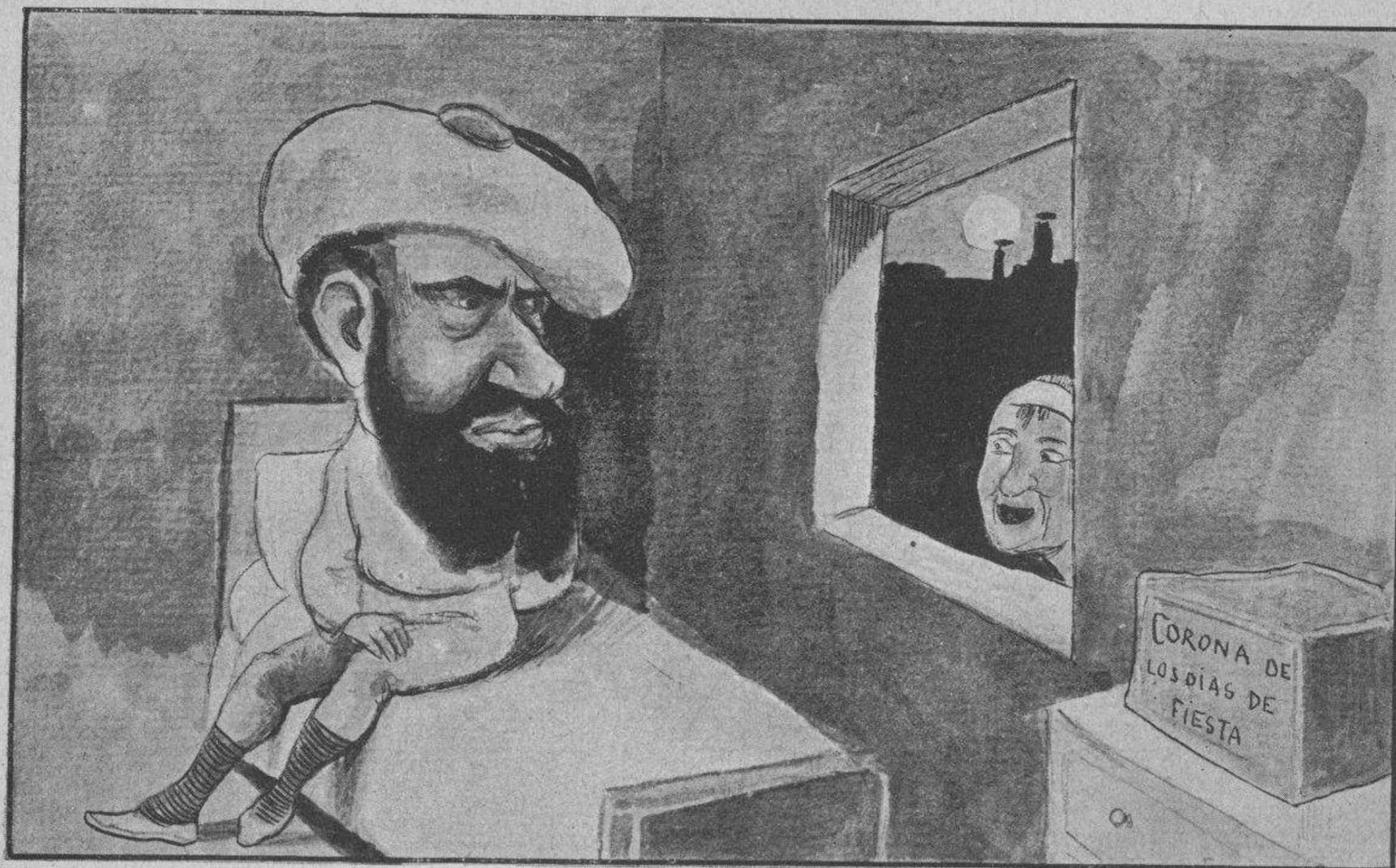
Cuando las primeras tintas de la aurora comenzaban á extenderse sobre la tierra, y los pájaros, lanzando armoniosos trinos, cantaban la llegada del nuevo día, camino del cementerio marchaba un sencillo ataúd, llevado en hombros de cuatro hombres.

Detrás de ellos iba un soldado, metidas las manos en los bolsillos y enrojecidos los ojos por un llanto que quemaba sus mejillas. Era José...

Luís BUESA.



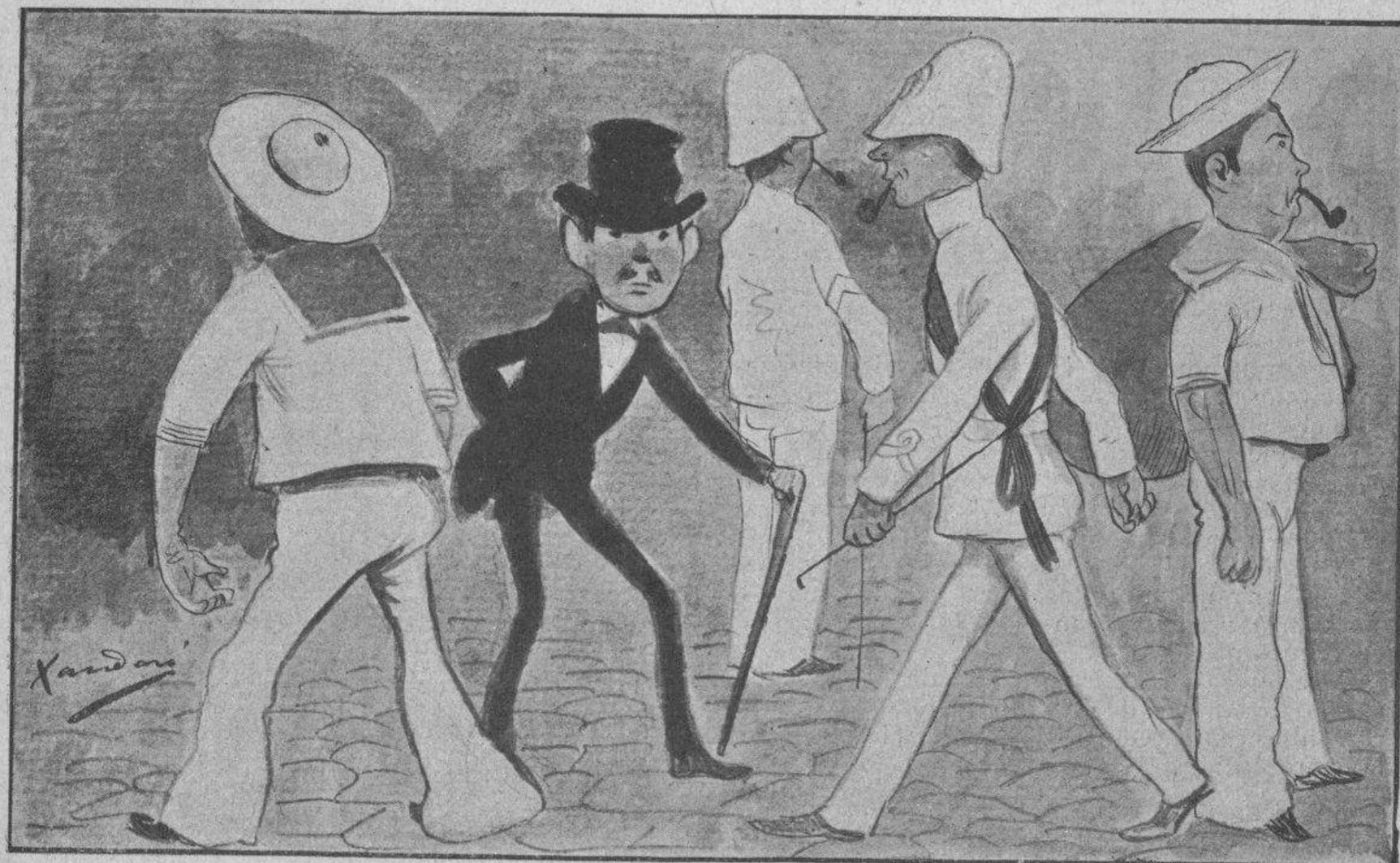
Capsir y Luisa Quetcuti en la ópera «Carmen»



No te compongas  
que ya no vas

que está lloviendo  
y... te mojarás.

*(Canción antigua)*



¡Qué felicidad! ¡Poder andar entre «ingleses» y no tener ningún contratiempo!



Estamos en un conflicto, en un verdadero conflicto.

Faltan puestos.

Es decir, no hay puestos para todos.

Y lo peor es que no se pueden dar esperanzas, porque nadie sabe donde se han metido esas pícaras.

¿Les parece á ustedes si no es problema para desesperar á un santo ese de tener que repartir cada una de las plazas y empleos entre diez, cincuenta, cien pretendientes?

No aramos la tierra, no hacemos calcetines, que siempre sería hacer algo útil; pero, en cambio, á pretender destinos y á escribir versos no hay quien nos gane.

¡ Oh, hermoso país del sol y de la nómina !

\* \*

Tu rencor quiero aceptar,  
porque así aun podré tener  
esperanza que guardar...  
¡ tanto me puedes odiar  
que me llegues á querer !

Hazme un lugar en tu pecho,  
que yo por mi honor te fío,  
que no quedará vacío  
por grande que lo hayas hecho.

CÉSAR CONTO.

—♦—

Los yankees son el demonio.

A ellos les ocurren las cosas más estupendas y salen constantemente contándonos invenciones que son maravillas.

Ahora han constituido una sociedad para transportar casas.

Para transportarlas, sí, señor, moviéndolas de sus cimientos y dejándolas en el punto que señale el cliente.

¡ Lo que progresamos ! Antes valía la pena de pagar al casero por las dificultades que ofrecía el traslado de un solo mueble. Ahora hasta la casa se puede uno llevar consigo.

Deseamos que el método se generalice y que se constituyan sociedades como esa de Nueva-York, de *house movers* en todos los puntos, hasta en Barcelona.

Porque será la única manera de arreglar el asunto de la plaza de Cataluña y de que desaparezcan las casas que resisten á todas las artes de la expropiación.

\* \*

Por cierto que me choca la noticia sólo en virtud de esto: su audacia, la de los *mowers*, ha llegado hasta el punto de haberle añadido un

piso á un extenso edificio por la parte de abajo.

¡ Por la de abajo ! Audacia es, pero eso no tiene mérito.

Los españoles damos quince y raya á los yankees : somos más listos.

¡ Nosotros levantamos castillos en el aire !

## Correspondencia

Plinio. — Valencia. — Supongamos que usted la quiere á ella, y que la niña no se hace la desoñosa, y se casan ustedes los dos, el uno con el otro : ¿ habrá motivo para que me mande catorce octavas reales, cuando se puede contar en tan pocas palabras como acabo de escribir ?

Jorge. — Mahón. — Bueno : si tiene cuidado en educar el gusto quizás logre mandar algo que me sirva, pero con *v. Aventura*. — Barcelona. — Diga, amigo : ¿ está usted seguro de haber escrito

Una noche, una de aquellas  
noches que alegran la vida

etcétera ? Porque si es verdad que todas esas hermosas décimas se las ha *ingeniado* usted, debe perseguir á Núñez de Arce por plagiarlo. Peor, eso ya no es plagio, es robo con alevosía.

E. P. — Barcelona. — Recibo veinte cantares y tomo uno para muestra :

Tirate por el balcón  
que yo te esperaré debajo,  
la mano en el corazón  
y á punto de zafarrancho.

Lo que tiene usted es la gran letra : ¡ Torío puro !

T. L. U. — Javea. — Es usted un poeta rural, no abuse de los racimos de uva y de los pámpanos frondosos.

Diógenes. — Madrid. — Mal, mal, no está ; bien, bien, tampoco.

Mariano. — Badajoz. — No lo crea usted. A mí me gustaría que todos ustedes se saliesen con la suya. Me ahorraría trabajo y el disgusto de ver que pierden el tiempo.

D. G. — Cádiz. — Que escribe desde Cádiz, ya lo he visto por el sello de correos ; pero no se le ha pegado nada de la tierra de María Santísima.

T. O. — Vigo. — Aceptado. ¡ Gracias á Dios !  
Y ya se irá contestando lo mucho que queda.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia  
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas  
Año. . . . . 11 »  
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos  
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H<sup>nos</sup> y Russell, Ronda Universidad, 6 ; Teléfono 861. — Barcelona